

E. MIRET MAGDA LENA

En el mundo, la espiral de violencia que pronosticó hace pocos años el pacífico y valiente Monseñor Helder Cámara se está produciendo. Y no queramos engañarnos si creemos ingenuamente que nuestro país no es ni va a ser influido por este proceso negativo que se detecta en nuestro "desarrollado" mundo.

Si miramos la estructura económico-social de nuestro mundo occidental, y, por tanto, de nuestra nación, un nuevo tinte pesimista invade la psicología de los ciudadanos.

Si la salud moral está en baja entre nosotros, no lo es principalmente —como acostumbraban a decir nuestros predicadores— por la cuestión sexual. Otros factores más decisivos y socialmente más importantes trabajan en el trasfondo nuestro para producir esta crisis, de la cual es difícil salir.

Quien mira hacia 1974 no puede por menos de dejarse impresionar por estos aspectos negativos que van minando el optimismo que el desarrollo del consumo por el consumo había producido hasta ahora.

El "Ya", tan prudente y comedido siempre, publica el día 26 tres comentarios dignos de ser tenidos en cuenta. Uno es haciendo hincapié en estos factores de degradación humana que observamos a nuestro alrededor, y que empiezan a desvelar el fracaso de la llamada civilización occidental. El otro es un interesante artículo sobre el realismo social y económico de la gran figura de Fidel Castro. Y, por último, están las palabras de Manuel Villar Arregui, pidiendo, con motivo de la violenta muerte de don Luis Carrero, que por ningún concepto condicione esto la convivencia política de los españoles.

Tenemos necesidad de voces serenas, realistas y profundas, que sepan superar los condicionamientos de cada circunstancia histórica, para construir un futuro que nosotros los cristianos, en el acicate dinámico que pide constantemente nuestro Evangelio, se acerque más a ese ideal pacífico, humano y desarrollado del hombre, que vislumbraba siglos antes de Jesús el profeta Isaías: el advenimiento de una justicia social radical, sin discriminaciones ni privilegios de ninguna clase; muy distinta de esa justicia social católica, tan raquítica, que predicaron nuestros manuales de Doctrina Social de la Iglesia.

La gran apostasía es que las Iglesias cristianas han sido complacientes y débiles, traicionando la fuerte palabra que el Fundador del cristianismo pronunció durante toda su vida. Una palabra de transformación radical no sólo de la intimidad, sino también de los aspectos sociales del ser humano. Desgraciadamente, estas Iglesias no han insistido bastante en la incoherencia de nuestra vida económico-social de Occidente y en los valores humanos que vino a instaurar el Evangelio. Nos hemos contentado con los valores pequeño-burgueses, que han achicado nuestra mentalidad, nuestros afanes y nuestros deseos. Que han producido una raquítica

felicidad egocéntrica y superficial en los ciudadanos del mundo occidental.

Las discusiones pontificias contra el socialismo han creado una imagen del mismo que hasta hace bien pocos años apenas se atrevían a mirar los creyentes. Cuando en realidad, de ser convencidos cristianos, hubiéramos tenido que poner antes los valores colectivos que los valores particulares. Hubiésemos visto con claridad que "la esencia del socialismo es la inclusión de las necesidades de los otros en la vida de cada uno", como dice un dirigente del movimiento no violento francés, y esto es profundamente cristiano.

Sin embargo, no nos engañemos, porque "un socialismo que tenga una faz humana, no puede hacerse, sino por una transmutación de los valores". Es aquí Nietzsche quien, paradójicamente, descubre a los cristianos, con su drástica crítica, lo que los cristianos hemos olvidado: la necesidad imprescindible de trastocar los valores de pequeño alcance en que vivimos inmersos, y que las Iglesias han canonizado con su debilidad y su falta de nervio.

1974

Ya suena tarde, en medio de la crisis económica, cultural y humana, la frase de nuestro Obispo español Monseñor Martí Alanís, criticando, con motivo de las fiestas de Navidad, la opulencia, el exhibicionismo lujoso, el egoísmo pequeño-burgués y la espiral de superficial materialismo que ha creado nuestra civilización occidental. El gran error de las Iglesias cristianas fue inventar la "teología de las realidades terrenas", que fue el recurso elegante para defender y canonizar todo este proceso que nos invade del consumo por el consumo, del afán egoísta y de la lucha despiadada para defender con razones este egoísmo. Con buenas y suaves palabras nos engañaron a los creyentes, cayendo poco a poco en la cómoda postura del conformismo, del egocentrismo y del olvido de los valores de la vida espontánea y de las necesidades humanas de los demás.

Es verdad lo que dice el Obispo de Seo de Urgel, advirtiéndonos que "no seamos víctimas de la presión social del consumo por el consumo y del prestigio: verdaderos engranajes, que convierten estos días en la ocasión anual del desbordamiento y la ostentación insultante de tipo materialista". Son verdad sus críticas contra la invasión de "christmas", contra tanto banquete, tanto engalanamiento y tanto alarde desordenado; pero, como siempre, llega esto demasiado tímidamente y demasiado tarde. Es antes, cuando todo era aceptar la estructura egoísta de

nuestra civilización occidental, cuando las Iglesias deberían haberse opuesto claramente, con su palabra y con su ejemplo, a esta espiral de egoísmo, de privilegios y de falta de apremio de los auténticos valores humanos, que debían haberse desarrollado sin discriminación para todos los hombres.

No sé si todavía estamos a tiempo, pero el único camino que nos queda es reconocer que "el frenesí de dominación de la Naturaleza para gozar egoístamente al máximo es la característica del hombre liberal-capitalista, la cual nos ha llevado a callejones sin salida, que son trágicos, como la esclavitud a la máquina y a la automación, la sumisión adoradora de una ciencia que ha perdido toda finalidad humana, el agotamiento de los recursos naturales del planeta en provecho de una minoría privilegiada de individuos o de países, la polución inquietante y la guerra potencial entre los beneficiarios de este frenesí y los países que padecen por ello" (R. Macaire, La Croix, 22 de agosto de 1972).

Nuestra calificación, demasiado infantil, de lo que es bueno y lo que es malo nos ha llevado a esas clasificaciones superficiales, por las cuales, de un plumazo, desechamos aquello que, bien visto, tiene valores positivos, y aceptamos, en cambio, aquello otro que está cerca, identificándolo falsamente con lo humano y lo cristiano por rutina, cansancio, egoísmo o apatía.

Si las cosas las valorásemos con un sentido crítico más independiente, nuestro juicio cambiaría, y podríamos rectificar radicalmente los valores aceptados por nuestra civilización, que llamamos cristiana sin serlo. Leia en el último número de la revista Informations Catholiques Internationales un trabajo sobre Vietnam del Norte, escrito por el padre François Biot, que debía servir de meditación para los que estamos inmersos en un mundo que llamamos religioso y católico. Allí, en 1964, 700.000 católicos salieron de esa zona para dirigirse al Sur, y hoy han vuelto a ser tan numerosos como lo fueron entonces, a pesar de este éxodo masivo de católicos. Y aparte de este resultado cuantitativo, nos encontramos con que estos católicos toman la celebración eucarística totalmente en serio, de modo que la frecuencia en participar en la Misa dominical es aproximadamente del 100 por 100. Un viejo sacerdote católico vietnamita confesaba que en su experiencia de este mundo, en donde los valores sociales están por encima de los valores individuales, había descubierto "que la fe no constituye un mundo aparte, que no está separada y aislada de los combates cotidianos: está en el corazón de la existencia humana".

Y así, haciendo este descubrimiento de nuevos valores humanos, unidos con un cristianismo más responsable ante la crisis occidental, reaccionaremos con una total transmutación de los valores individuales y sociales en que vivimos, y estaremos en camino de superar el pesimismo, que de otro modo será real.